



Milenaria

Reina Isabel ahora escucha y calla.
Un extraño hombre en pie la frente inclina.
Habla tan mesurado. A veces falla
la voz. Muestra y detalla
con un compás la carta azul marina.

Y al fin mis ojos ven, mi mano toca
la ansiada selva virgen. Y el anciano
monje y su cruz. Y el maya o el iloca
que hace santa su boca
cantando «madre», «Dios», en castellano.

Oh, lengua entre las lenguas ensalzada,
latín filial, honor del Universo,
clara plaza de armas, paz ganada,
hogaza codiciada,
oh, sangre noble de mi noble verso.

Por ti Castilla es reina invulnerable,
por ti es eterna España, ola tras ola,
siglo tras siglo, eterna e inviolable,
dondequiera que hable
hembra o varón fonética española.

Pampa de luz, volcanes de oro y nieve,
cataratas de estruendo, ardua manigua,
soledad de altiplano, augusta y leve:
el Orbe se hace breve
—oh, sintaxis de amor—y se santigua.

¿Cómo queréis que hoy no se conmueva
mi verso de zagal o de monago,
sí al cantar a mi lengua, se renueva,
se remoja y subleva
mi niñez pura en sueños de rey mago?

Nadie elige su cuna. Mas la mía,
en un raigón de castellana muela
me brezaba, y mi padre aún se dormía
a la aérea porfía
del cuévano nevado de la abuela.

Brasas de lobos en la noche oscura,
manotazos del oso deshaciendo
rueca y anciana y tierna criatura.

Camino de la altura,
la Virgen de las Nieves sonriendo.

Fábula agraz de rámilas y zorras,
brincos del corzo y vuelos del pasiego,
ordeño de la leche en Las Machorras,
y tú que no te borras,
maestro enjuto dictando a Samaniego.

Aguilas de Gayangos, espirales
sobre el huerto de absortos girasoles.
Ferias de Villarcayo y de Ramales.
Tardíos estivales
verdes de espigas, rojos de ababoles.

Alamos de Arlanzón, olmos de Arlanza,
aguas tajando hoces de hondas cuevas,
páramo gris, sediento de esperanza;
la vista que no alcanza
los horizontes de fronteras nuevas.

Olores: heno seco y amarillo,
la dama rosa del escaramujo,
áspera aliaga, orégano sencillo
y el leñoso tomillo
que el borceguí del cazador tradujo.

En románico porche socavada,
el tacto frío de labrada piedra
a la caricia de la luna helada,
y la torre rajada
y el concilio del ábside y la hiedra.

Castilla impresa en todos mis sentidos,
 viniendo a mí, empapándome yo de ella,
Castilla en frutos, palomares, nidos;
los frescos estallidos
del viento en su basquiña de doncella.

Castilla de la Historia y Geografía
efímera del año y milenaria.
Castilla o Sobrespaña, en este día
a besarte venía
tu invisible mejilla planetaria.

GERARDO DIEGO

